

**LAS CIUDADES
ENFERMAS
Y OTROS RELATOS**

JORGE LUENGO ESPINOZA



**SIMPLEMENTE
EDITORES**

© de los textos: Jorge Luengo Espinoza

© De esta edición:

Simplemente Editores SpA
Príncipe de Gales 5921 oficina 910
Teléfono: 56 2 2752 0057
www.simplementeeditores.cl
contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual: N° A-274426

ISBN: 978-956-8865-40-5

Diseño y diagramación:

Sergio Cruz

Impreso en:

Donnebaum

Marzo, 2017

Ch863

L926c Luengo Espinoza, Jorge , 1985-.

Ciudades Enfermas, Las /Jorge Luengo. -1a. ed.-

Santiago de Chile: Simplemente Editores, 2017.

200 p. ; 15 x 23 cm.

ISBN: 978-956-8865-40-5

Cuentos chilenos. I. t.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

**LAS CIUDADES
ENFERMAS
Y OTROS RELATOS**

JORGE LUENGO ESPINOZA



SOBRE UN FLACO ESCRITOR

*“las imágenes y la letra impresa
eran más reales que las cosas.
Solo lo publicado era verdadero.”*

Jorge Luis Borges.

Utopía de un hombre que está cansado.

Roberto, el flaco Roberto acostumbraba presentarse temprano cada sábado, siempre antes del ocaso y con asertiva puntualidad incitada más por su voluntaria desfachatez que por meras coincidencias, adivinaba con error de pocos minutos el horario de once. Sin importar la hora, hacía sentir la obligación del amigo hacia él y su categoría de eterno conocido. Ya sea con la mesa puesta o retirada, atendía a su hambre que imagino, acumulaba desde el día anterior a sabiendas que yo no le fallaría. Sea como fuese, él atracaba con cualquier menú, con el pan tostado y sin tostar, con los restos de *kuchen* o de queque, y sus migajas si de éstos no quedaba nada, con el té frío o caliente, aunque en el último tiempo tendía a inclinarse por el café con leche, y un tanto burgués, añadía de vez en cuando unas gotas de no sé qué producto nuevo que lo cortaba. Su presencia nunca molestó, y aunque era inusual que faltara, me desconcertaba si empezaba a tardar; en tales ocasiones demoraba en levantar la mesa y alargaba la once con los cigarrillos suficientes de sobremesa hasta que oía su peculiar forma de tocar el timbre: un repique continuo que solo cesaba cuando le abría. Así y todo, prefería cuando llegaba antes, lo cual solía coincidir con los días de lluvia pues, previendo la arremetida del cielo y sus nubes, se adelantaba para aparecer seco en mi casa antes del aguacero. Lo ordinario de verlo cada semana no era tal;

no había nada de rutinario en sus vistas y se podía decir que la ansiedad de recibirlo no se debía directamente a él, sino a la vida que traía consigo y que no rehusaba compartir.

Uno de esos sábados, hace ya un año, vino a mí para confesarme que renunciaba a su cargo para dedicarse, con los ahorros que acuñó, a la labor de escritor. No necesitaba, en efecto nunca necesitó, una gran suma de dinero: vivía en un pequeño dominio heredado de uno de sus abuelos en la parte relegada de la ciudad, en un sector que, aunque de calles envejecidas de adoquines, de veredas de tierra apenas adornadas de árboles estancados en el tiempo y atestado de bares que en los meses de invierno emanaban sus humedades y en verano propagaban los vapores de los borrachos en sus alrededores, lo eximía de gastos de alquiler. Desde aquel momento, su gracejo, reflejado en las anécdotas, el acontecer de sus días que relataba sin falta, e inclusive en sus conjeturas filosóficas y los cuestionamientos que nunca dejaron de invadirlo, más el retrato singular en las periódicas reuniones que nos relegaba a su pintoresco barrio, fueron apagándose: un manto de incógnita se iba urdiendo en torno a él, que declinaba cualquier atisbo de sus quehaceres y mis inquisiciones sobre qué, cómo y cuándo escribía, eran eludidas con monumentales amagos para cambiar los temas hacia aquellos referidos a mi persona. Cuando quería escudriñar en la novela que según él sería un éxito en cuanto estuviera lista, se remitía solo a los personajes que, acaso inventados en ese momento, pretendía incluir extrayéndolos de la vida real para incluirlos en su ficción. Me hacía ver su tenaz rechazo a la ficción como producto propio de la mente; una aversión contra cualquier invento de la creación humana que no fuera comprobado, según él, de forma empírica; se oponía con tenacidad a esos escritores que divagaban en obras surrealistas por la mera afición de dejar llevar la creación a lo esencialmente onírico, y hacía

sentir su antipatía por los movimientos vanguardistas en que los cadáveres exquisitos, imbricados con técnicas sustraídas del dadaísmo, relegaban a segundo plano lo verdaderamente realista. En su opinión, versaba que la literatura debía fundar su plan en la estricta condición de la conciencia del autor, donde ésta, al ser la principal arma de la que se valen las obras en juego, en su caso, debía tener plena luz de lo que escribe porque “no concebiría el producto de mi inspiración sin antes someterlo al beneplácito de mi propio yo y mis personajes, sin la certeza de que no solo existen en el mundo, sino en el consciente de cada lector en potencia”. Y en su incipiente hipótesis, argüía que el genuino personaje es aquel que a la vez es actor protagónico de lo ya existente, y reposaba sus inquietudes en la búsqueda infatigable de alguien que valiera la pena para su novela. “¿y por qué no fundarlo en algo, algo material?”, le pregunté en una de las primeras conversaciones posteriores a la vez que me confidenció su propósito de pasarse a las letras, y respondió: “claro, no tendría problemas, pero bajo la condición de que ese algo, esa materia, que incluso podría ser vegetal, animal, tratase de un abstracto como un sentimiento o una especie de fulgor metafísico, incluso una ciencia específica, debe estar entrañado de tal modo en esa esfera que los personajes secundarios, que en más de un capítulo aparecerán, se comporten como si de ello dependieran sus existencias, sin contar que debo lograr que el lector se comprometa con mi tema, teniendo para cada uno de ellos, el mismo valor...”. No terminé de escuchar el resto de sus argumentos pues, entre complicados y difusos, se enmarañaban en fórmulas literarias que se entremezclaban con otras fórmulas, acaso extraídas de las ciencias físicas, químicas, matemáticas o de índole humanista, o así creí entender y solo provocaban que mi atención se desplomara y si de vez en cuando la necesitaba, la fingiera.

El flaco dejó de llegar sobre la hora de once, ahora era el almuerzo el que sabotaba y, por más que engullía y a

veces como infante devoraba sin siquiera masticar, y aunque hubiese estado desde el desayuno, con el pan de las 10 sin enfriar, untado en mantequilla derretida que excedía la propia masa y se adhería a los dedos, no trastocaba su apodo. Al menos desde la fecha en que comenzó a presentarse al almuerzo, no dejó de colaborar ya fuese con un vino blanco, si sabía que en la ocasión serviría mariscos, o una modesta botella de vino tinto, si el plato eran carnes rojas o en su defecto con un *scotch* escocés, jamás superior a los seis años para el bajativo. De sus tres contribuciones, era el destilado el que por su graduación superlativa respecto de los vinos, causaba en él los mayores desvaríos: su investigación por un protagonista primario totalizador, es decir, de acuerdo a sus palabras: "... alguien que no sea ficticio, no, eso no, ficticio no, un personaje que esté presente en la realidad entre nosotros, pero que a la vez, sea capaz de incluir al resto del universo y de ahí trasladarlo a la ficción", le entrampaban en un círculo vicioso que él, embriagado, en el más incompetente de los estados, trataba vagamente de romper. Se empeñaba en transportarme a su empresa, en convencerme para prestarle ayuda, empero mis sugerencias, quizás a causa del alcohol en una de sus confesiones, no le remediaban su insuficiente literalidad. Y si bien en los sábados de bajativos fuertes, sin bebida ni hielo, las pláticas se volvían más intensas, éstas mermaban en extensión cuando a media botella, la bebida lo superaba, y en cuanto a las veladas donde bebíamos vino, los sucesos se enrostraban con carácter disímil, pues mientras su encono frente a una propedéutica de sus quehaceres literarios disminuía, la fatiga de una jornada propagada hasta más allá de la once y la cena, disgregaba mi entusiasmo inicial para, entrada la noche, caer en la somnolencia y en el deseo egoísta de verlo partir, evaporarse tras la puerta, agotado de sus palabras que, con el transcurrir de las horas, y luego de varios sábados, iban careciendo de sentido, o al menos así

se le figuraba. En otras ocasiones no era él el que se perdía explayándose en alienarme a lo que yo comenzaba a ver como simples aporías, sino que era yo, azuzado por su perspicacia, luego de un par de interrogaciones y halagos, los que siempre creí urdidos de antemano y planificados pulcramente durante la semana en que no nos veíamos, quien casi en abulia, dilapidaba anodinos restos de ingenio en ayudarlo; quizás, encauzaba tales preguntas con el único fin de testimoniar aquello que de otra forma hubiera sido inútil de sonsacar. Entre sus teorías nauseabundas y la búsqueda interminable de un personaje absoluto que cumpliera, a fuerza de múltiples facultades, que le imprimiría a su escritura y al personaje en sí mismo las expectativas de cada ser y de cada lector; porque de vino en vino y si no de destilado en destilado, sumado con su cada vez menor precisión, desfiguraba sus teorías en verdaderas galimatías que incitaban al vómito. Una tarde, cuando el sol se había puesto y probablemente de ahí mi iluminación, sentencié seco: la muerte. Le expliqué que ella podía asentarse como el personaje que anhelaba y si no, al menos objetivar a través de ella su obra. Era con la muerte, en su calidad apodíctica, con quien podía figurar el entramado necesario con tal de no excluir de su ambiente a cualquier actor secundario. Y era él, si se lo proponía, quien podría alterar el paradigma de su gravitante influencia al exhumar de su hostil presencia el perfil caricaturesco con que en otras oportunidades es investida: ella, la muerte misma, de camión negro, rostro y cabeza cubierta, la guadaña en una de sus manos, permitía, según mi apreciación, le dije, una metamorfosis que ampliase su concepto, concediéndose un acercamiento más allá de la simple lectura con sus lectores, y que en esa plenitud que podía atribuirse, derogar el perfil psíquico, físico y por qué no, hasta de los atuendo, en ese instante pensé en una blanca, de la que el mismo Tánatos y sus morias, de ser especiosa, se enorgullecerían. Aparentemente,

concluí al encuentro siguiente de aquella conversación, tal tema no le atrajo e intuyo, hasta hoy día, asaz de animadversión por ahondar en él, ya que ni siquiera se atrevió a mencionarlo en nuestras sesiones futuras, por más que yo de vez en cuando le repitiera, a punta de plomo, similares conjeturas. terminé de aburrirme de sus inquisiciones, de sus acertijos sin respuesta con que pensaba sortear su narrativa, del clímax y su final tantas veces dibujado entre la nube de humo de los cigarros y el vapor de alcohol de las bebidas, y de los inicios nunca acabados, prefacios siempre derrumbados y reconstruidos bajo nuevas circunstancias el día en que luego de los mismos diálogos –en tanto que los diálogos anteriores tendían a mimetizarse con el actual y en el actual veía la premonición de los diálogos futuros– respondí a esa inagotable inquietud que unas semanas atrás había tratado de sosegar por medio de los misterios de los enviados de hades a través de una concepción de índole demiurgo que podrían merecer sus párrafos. Puntualicé para ayudarlo, en la versión narrativa, no sobre un personaje o un argumento, sino en la capacidad como autor, de deidad suprema, con atributos suficientes para reinventar un mundo no material, menos uno sentimental relacionado a la especie humana, sino uno que afectara y recompusiera las relaciones entre los diversos dioses, del infra y supra mundo, de las religiones orientales, occidentales y tribales; reorganizar los parentescos, los mitos, los conflictos y derivar de toda esa marmaja, que de hacerme caso era él el responsable de semejantes operaciones, una vez armada, una especie de exégesis celestial, al ámbito seglar: una utopía terrenal capaz de emplazarse a modo de seguimiento, sobre los cimientos de aquello que él debía vislumbrar por sí solo en los prolegómenos de su libro. Y cuanto más me desgañitaba en mis ideas, más me fastidiaba la displicencia con que, a pesar de pedírmelas, trataba mis sugerencias, pues, ¿a qué me visitaba entonces cada semana

si no era para consultarme sobre sus proyectos de escritor, los cuales aún no concretaba?, ¿por qué no retrocedía el carácter de sus visitas a lo que antiguamente eran? ¿Cómo era posible que, sin importar su falta de atención, yo me comprometiera tanto o más que él en desarrollar un material que, de acuerdo a sus expectativas, debía rayar en lo inédito?

Su desenvoltura, nunca extinta de comicidad y extroversión, dotes que antaño lo convirtiesen en un ser de inigualable capacidad cronística y de las que usufructuaba con toda naturalidad para hacer reír hasta romper las quijadas de su público, la había permutado por una perorata de escritor emergente con el fin de contagiar sus ideas, nunca carentes de polémica y robar algunas mías, aunque nunca las utilizara. Ya no era el carisma de sus andanzas, de sus vivencias, de sus mujeres, incluso de sus desgracias, sino la seriedad de sus entredichos en torno al nuevo oficio que, a pesar de la promiscuidad, hacía suyo como si lo hubiera practicado de toda una vida y que, por más que se obstinaba en el cómo, en los efectos que tendría su literatura, en las directrices que seguiría, en las intenciones que ambicionaba plasmar, que supuestamente romperían esquemas y exigiría una revisión de la teoría, jamás, en ni un solo instante de la primera mitad de ese año, dejó conjetura en cuanto al argumento en el cual trabajaba. Sin embargo, entre sábados y sábados, solo atinando a escucharlo y embutido en un tedio que solo se difuminaba cuando de su borrachera emanaban ininteligibles pero cómicas frases, ya no de lo que él estaba acostumbrando a llamar “mi (su) pasión”, sino circunscritas a su labor doméstica, familiar, social, pasmó una tarde en que lo creí ya ausente, ante mí un manuscrito: “mi primer borrador”, dijo el flaco, lo de borrador, pensé, no era más que una formalidad, en tanto las correcciones, tachaduras y notas al margen, que si bien existían y denotaban la prolijidad con que había escrito, constituían las menos en su caligrafía